

consonni

**Montserrat
Roig**

Ramona, adiós

TRADUCCIÓN
Gemma Deza Guil

PRÓLOGO
Luna Miguel

«Montserrat Roig es una escritora monumental, una de las mejores plumas peninsulares del siglo xx. Si no conoces su obra poderosa y delicada, melancólica y humorística, emocionante y lúcida, empieza por *Ramona, adiós*, una primera novela deslumbrante, una historia generacional que te atraparé para siempre en su literatura». —**Rosa Montero**

«Antiheroínas y dioses desenmascarados, una trama que parece urdida por el mismísimo Eros ciego. *Ramona, adiós* es la historia de una liberación, una épica que culmina en la lucidez con que Montserrat Roig supo iluminar las trampas del patriarcado». —**Betsabé García**

«En su literatura experimentó con estilos variados, utilizando temas de luchas de gente oprimida para encontrar sus voces, sobre todo mujeres, pero no siempre. Montserrat Roig representa la esperanza de los oprimidos, a quienes da voz y cuerpo». —**Kathleen Mc Nerney, en *Montserrat Roig: La memòria viva*, de Aina Torres**

«Montserrat Roig es una figura clave y decisiva de la literatura y la cultura de la segunda mitad del siglo xx». —**Sam Abrams, *Revista Sapiens***

«En el 30º aniversario de su muerte, sus textos la revelan como una voz pionera en materia de feminismo y memoria histórica». —**Álex Vicente, *Babelia, El País***

«Gracias a Roig, entiendo mucho mejor el lugar en el que estoy, las consecuencias de la historia en el presente, los efectos de cada acontecimiento político y cada cambio social en la vida de un individuo». —**Najat el Hachmi, *Babelia, El País***

«Hay una generación inmediatamente posterior que la leímos como parte de nuestra formación en la resistencia. Si buscabas “madre literarias”, tenías que leer a Montserrat Roig, Maria-Mercè Marçal, etc. Creo que es hora de ampliar la reivindicación y conseguir que sea el referente que merece ser, para todo el mundo, no solo para un núcleo concreto de feministas». —**Bel Olid, en *Montserrat Roig: La memòria viva*, de Aina Torres**

«Hija del Eixample barcelonés (que tan bien reflejó en su novelística), heredera de los ideales políticos de los vencidos por la guerra civil, militante -crítica- de izquierdas y feminista, articuló su obra narrativa de manera sthendaliana, “paseando por el camino de la vida” el espejo capaz de reflejar el mundo que la rodeaba». —**Anna María Moix, *Babelia*, *El País***

«Su muerte prematura fue un golpe terrible, en el mundo literario y entre sus lectores. Dejó un vacío difícil de llenar. Pero hay buenas noticias: sus libros están vivos». —**Rosa Mora, *El País***

«Fue una mujer libre y no estaba bien visto. Le recriminaron que escribiera con una mirada de mujer. Y que fuera feminista todavía les daba más rabia». —**Isabel-Clara Simó, en *Montserrat Roig: La memòria viva*, de Aina Torres**

«El legado más importante de Montserrat Roig es el hecho de poner su escritura al servicio de sus intereses: la literatura, las mujeres, la memoria de los vencidos, la política y la sociedad en general». —**María Barbal en *Montserrat Roig: La memòria viva*, de Aina Torres, *Sembra Llibres***

«Desde la perspectiva de una generación precaria que no la conocimos, pero que la hemos revisado y releído, destacaría de ella, entre tantos bagajes y legados, el valor emancipatorio de la cultura, la perspectiva feminista, en lila, de las mujeres (siempre invisibilizadas por los vencedores de todo y por la masculinización del poder) y la preservación imprescindible de la memoria para desbrozar otros futuros». —**David Fernández, en *Montserrat Roig: La memòria viva*, de Aina Torres**

Ramona, adiós

Montserrat Roig (Barcelona, 1946-1991) se dedicó al periodismo de investigación y a la narrativa. Se dio a conocer en 1970 con *Molta roba i poc sabó* (Premio Víctor Català), una colección de cuentos, y en 1989 publicó una segunda, *El cant de la joventut*. En 1972 publicó su primera novela, *Ramona, adéu*, a la que siguieron *El temps de les cireres* (1977, Premio Sant Jordi), *L'hora violeta* (1980), *L'òpera quotidiana* (1982) y *La veu melodiosa* (1987). Entre su obra periodística destacan *Els catalans als camps nazis* (1977, Premio Crítica Serra d'Or) y *L'agulla daurada* (1986), además de las recopilaciones de entrevistas, artículos y reflexiones *Retrats paral·lels* (1976), *Digues que m'estimes encara que sigui mentida* (1991) y *Un pensament de sal, un pessic de pebre* (1992).



Autoría **Montserrat Roig**
Traducción **Gemma Deza Guil**
Prólogo **Luna Miguel**
Corrección **Miguel Alpuente Civera y Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Alba Yruela**
Impresión **Imprenta Mundo**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
marzo de 2023, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-09-4
Depósito legal: BI 01782-2022

Edición original en català: *Ramona, adéu*, Edicions 62,
Barcelona, 1972
© Herederos de Montserrat Roig, 1987
por mediación de Casanovas & Lynch Literary
Agency S.L.
© de la traducción, Gemma Deza Guil, 2023
© de esta edición, consonni ediciones, 2023
Imagen de cubierta: © Alba Yruela, *sense nom*,
muntaner

Esta obra ha recibido una ayuda a la traducción del
Institut Ramon Llull.

lllll institut
ramon llull

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como súperpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

Ramona, adiós

Montserrat Roig

Traducción de Gemma Deza Guil

consonni

A Josep M. Benet i Fornet
y a quienes con él amo.

El amor no es más que una gran y amplia afección
que se tiene por alguien o algo que nos gusta [...],
y ese amor dura mientras la persona o la cosa nos gusta,
porque después no queda nada de amor.
—*Curial e Güelfa*, I, 133

Aún se estremeció de arriba abajo, y de nuevo pensó en huir.
Ya era tarde. «¿Por qué, por quién sacrificar ya
amor, fortuna, vida?»
—Narcís Oller, *Pilar Prim*

Me llegaba el tufo de las bocas del metro, el olor a naranjas fermentadas, y contenía la respiración cuando pasaba junto a las escaleras. Pero todavía me provocaba más angustia la peste a pies, a sudor de pies, la vaharada de la gente refugiada que se apiñaba cerca de los agujeros o en los sótanos, porque no tenían casa. Temblaban, muertos de miedo en cada bombardeo. Yo también tenía miedo, pero me lo tragaba, bien hondo, para que nadie notara que buscaba a mi marido. Mi marido había pensado pasarse a los nacionales. Yo hacía de tripas corazón y tenía ganas de encontrarme con Kati y contarle que lo estaba buscando sola, sin ayuda de nadie. En la biblioteca me habían dicho que aquel día Kati se había ido temprano porque unos de la FAI que habían confiscado tres vacas le habían prometido leche para el hijo de su portera. El niño de la portera se llamaba Manuel y era de Linares, como sus padres, y tenía el cuerpo lleno de llagas y costras y el vientre muy hinchado porque el pobrecillo se estaba consumiendo.

Su madre estaba desesperada, porque le daba el pecho y no succionaba ni una gota. Dentro de dos meses esperaba otro hijo. Kati le había dicho: «Pero, mujer, no seas loca, que lo vas a matar. La leche materna es mala cuando estás embarazada». Y la riñó porque hacía mucho tiempo que le había dicho que fuera a unos cursillos que daban unos médicos en Badalona para entender bien cómo era aquello de tener un hijo. Kati quería que yo también fuera a aquellos cursos, pero a Joan no le hacía demasiada gracia; decía que, si me dejaba ver mucho, a la larga lo comprometería.

Yo no podía decirle a nadie que Joan quería ir a San Sebastián. Ni a la tía Sixta ni a Patricia. Joan me había dicho, Mundeta, la situación se inclina hacia el bando nacional. Joan había escuchado Radio Burgos en casa de los Juncosa, que son del Socorro Blanco, y oyó decir que los nacionales habían tomado Teruel y que avanzaban hacia el delta del Ebro. Me dijo que continuara con las anotaciones de las series de los billetes que valen. Nosotros lo que hacíamos era comprar los que valían, esperábamos la oportunidad y los revendíamos tres veces más caros. Joan se supo espabilar, con todo aquello de la guerra. Al principio, a mamá no le hizo gracia que me casara con Joan, decía que era un pobretón y un sinvergüenza y que no había leído un libro en su vida, pero luego, al ver que se sabía ganar tan bien la vida, se calló. A las señoras de la colonia de Valldoreix las hacía reír, porque contaba chistes un poco verdes y porque tenía cara de gitano rico. Era muy atento con todo el mundo, sobre todo con las damas, y el primer día que me pidió ir a pasear juntos me regaló un cactus. Joan me dijo que se iba a San Sebastián unos días, solo para husmear un poco el asunto, y que no tenía por qué preocuparme. Pero yo soy sufridora por naturaleza y más ahora que mamá está en Siurana. Mi madre está en Siurana porque no quiere ver cómo los anarquistas queman iglesias y matan a curas y monjas. Dice que ella no entiende demasiado sobre la guerra, pero que no le gusta que la gente corriente se meta con la religión. Dice que qué culpa tenía el pobre padre Pere. A mamá le caía

en gracia el rey Alfonso XIII, pero se sentía republicana de toda la vida. Una vez, ella y una amiga suya, Pauleta Forns, iban vestidas de blanco y con una sombrilla y paseaban en un coche de punto por el paseo de Gracia y las empezó a perseguir otro coche cerrado y resulta que dentro iba el rey. Reprodujeron la fotografía en Blanco y Negro.

Joan tenía que ir a ver a una señora del Socorro Blanco que vive en las Cortes Catalanas, delante del cine Coliseum. Yo solo tenía que retener los nombres de Comalada y Coliseum por si pasaba algo. Pero de los otros asuntos no tenía que decir ni mu. Los dos nombres empezaban por Co, Comalada-Coliseum, de eso me acuerdo perfectamente. Tenía que avisar a Artal, por si ocurría algún imprevisto, pero no podía ir al local de los cenetistas, por temor a comprometerlo. Tenía que ir a su casa, delante de la plaza de Santa Catalina. Pero Joan me había dicho, con cara muy seria, que no fuera hoy, que me esperara unos días. Me dijo, hoy, tú, bien quietecita en casa. Joan me dice siempre que soy una tontaina y una pánfila y que suerte tengo de tenerlo a él, que me acompaña en la vida. Joan es muy listo.

De la frontera tenía que ir hasta San Sebastián, donde tenía que esperar a Pujol. Pujol le había asegurado que los bancos del Gobierno de Burgos le darían créditos. Joan estaba como unas castañuelas. A mí me trataba con amor y me compró de estraperlo una combinación de seda francesa de color negro brillante y con un ribete de puntilla rizadita en los bajos. Para el bebé que iba a nacer trajo una muñequita de porcelana vestida de María Antonieta que Artal había confiscado en la finca de los Bertran i Musitu. Joan quería una niña. Yo no quiero una niña, yo quiero que sea niño. Todas las niñas somos unas bobas. Salvo Kati y mamá, por supuesto. Joan decía que nos haríamos ricos y que había que aprovechar la situación. Que yo no tenía que preocuparme de nada porque la situación «petaría» por el bando nacional. Yo tenía que continuar con el negocio de los cuadros con Artal porque el dinero no tenía que estar parado. Tenía que quedarme sola unos días, no mucho tiempo. Me habría llamado y nos habríamos reencontrado

en Burgos. A Joan le daba rabia que mi madre estuviera en Siurana, no lo entendía, decía que eran caprichos de señora; pero, bueno, qué antojos que tiene, y tú esperando un hijo, me decía. Joan siempre ha dicho que mi madre es muy orgullosa y que se esfuerza por no necesitar nada de nadie. A veces se pasan días enteros sin hablarse y yo no sé qué cara poner. Estoy en medio y recibo golpes de todo el mundo. Kati dice que en parte es culpa mía, que me dejó dominar por los dos y que lo que tengo que hacer es buscarme un trabajo de secretaria o de mecanógrafa, que ella me podría encontrar uno en la Generalitat porque estudió con la hija de un consejero. Pero yo soy tan tonta que casi no me acuerdo de nada de lo que me enseñaron en Cultura de la Mujer. A mí me daba pánico no encontrar a Kati, porque sin ella no podía resolver el problema de mi marido. Y no quería ir a buscar a Patricia ni a la tía Sixta, aunque Joan me dijo que, si le pasaba algo y no volvía, ellas me ayudarían. Tenía que fiarme de Artal y no buscar en ningún caso a Joan hasta que hubieran pasado, por lo menos, un par de días. Pero desde la explosión del camión de trilita, justo delante del cine Coliseum, me cuesta hasta respirar, de la angustia que tengo.

Quiero sacar fuerzas de flaqueza. Cuando Kati se entere, me dirá que soy valiente. Cuando la conocí, no quería verla ni en pintura. Me parecía una mujer muy presumida y coqueta. Siempre se reía de todo y, cuando me veía, decía, mírala, la del cuerpo de reina. Hacía que me sonrojara y no sabía qué contestarle. No dejaba de hablar de versos y de libros, y por eso se entendía con mi madre. La gente de Valldoreix contaba cosas raras de ella, decían que sus amigos eran naturistas, vegetarianos y francmasones. Cuando íbamos a merendar al bar Nurria, miraba a su alrededor con impertinencia; yo pensaba que lo hacía por cotillería y para criticar, pero ahora que la conozco mejor sé que lo hace por curiosidad, porque dice que, en el mundo, una tiene que conocerlo todo. La tía Sixta dice que las mujeres se hacen bibliotecarias cuando ven que se quedan para vestir santos. A mí me parece que Kati es muy lista y que no necesita a los hombres. Kati dice que la guerra

le ha despertado el cerebro, que se ha dado cuenta de que las mujeres sirven para algo y que no están solo de adorno. Joan dice que Kati vive amargada porque no se ha casado y que no se ha casado porque ningún hombre la quiere, que es demasiado libre y que eso a los hombres no les gusta. Joan no quiere que sea amiga de Kati, dice que, si la escucho, acabaré como ella.

Cuando supe que había explotado un camión de trilita en el bombardeo de la mañana me asusté mucho. Yo ya sospechaba que pasaban cosas graves, porque los vidrios de la galería se hicieron añicos y, desde entonces, las sirenas no han dejado de sonar. Salí a la calle como una loca y no sabía adónde ir. Me pasé dos horas por los alrededores del Coliseum, de un lado para otro, pero había un montón de soldados que lo rodeaban y nos obligaban a circular. Me fallaban las piernas y no me atrevía a preguntar si alguien sabía los nombres de los muertos. Me tocó un viejo lleno de llagas, con la cara muy arrugada y sucia. Empecé a correr porque me dio asco. Caminé por las calles desorientada. Desde que estalló la guerra, había salido pocas veces sola de casa. O iba con mi madre o con Joan, si él tenía tiempo. Me daba escalofríos ver Barcelona llena de porquería, de basura en estado de putrefacción. Olía todo a huevos podridos y a col hervida. Había muchas casas hundidas y entre las ruinas se veían sillas, mesas y a veces también cunas y muñecas de trapo. A mí las ruinas siempre me han dado mucha pena. Cuando íbamos de excursión a algún castillo, como al de Burriac o al de Tona, y miraba las cuatro paredes solitarias y desamparadas, me empezaban a caer lágrimas y no podía parar. Joan me decía que era una boba, que un montón de piedras no hace llorar a nadie, que si me había vuelto majara. Y mamá me defendía, déjala, decía, que es tan romántica como yo.

Me encontré a mucha gente, sobre todo viejos y niños, que hurtaban en la basura. Buscaban comida. Yo me apartaba porque la porquería, los huevos chafados, las pieles de plátano, los huesos y las vísceras de conejo siempre me habían dado mucho asco. Pero lo

peor era la peste a naranjas que desprendían las bocas del metro. Era una peste sólida, empalagosa, que se me metía en las narices y ya no me dejaba. Me mareé un par de veces, ponía los ojos en blanco y las venas de la frente estaban a punto de estallarme. Tuve que pararme a recuperar el aliento junto a una portería. Salió la portera y me dijo, ¿qué te pasa?, ¿no te encuentras bien? Le contesté que estaba en estado y me dijo, pobrecilla, qué pena, con este jaleo, a quién se le ocurre quedarse encinta. Me preguntó si mi marido estaba en el frente y le dije que sí, porque Joan me había dicho que no le contara a nadie, salvo a Artal, que quería ir a San Sebastián. Las ambulancias no paraban de pasar y su aullido estridente se me clavaba en los tímpanos y seguía allí mucho rato. Escuché una alarma, la cuarta en un solo día. Por la calle había poca gente y la que había caminaba aprisa, sin mirar a nadie. Un perro empezó a mordisquearme el zapato. Era un perro flaco, se le podían contar todas las costillas del cuerpo, y tenía la cola partida y los ojos tristes. Me acordé de Ignasi y me eché a llorar.

La portera de Kati me dijo que aún no había llegado y me preguntó si la quería esperar. Me explicó que Kati estaba en Sants porque los del comité de provisiones de aquel barrio le habían prometido leche de vaca auténtica. Me enseñó al crío, que tenía los carrillos chupados, la cabeza pelona a clapas y no podía abrir los ojos porque los tenía llenos de costras. Tenía el vientre muy inflado y duro y se le veían las venitas, de color lila. La portera me dijo que Kati era una mujer muy valiente y se deshizo en elogios. Me preguntó si quería esperarla y me sacó una sillita hecha de espadaña, baja y sucia. Le dije que muchas gracias pero que ya volvería.

La tía Sixta me preguntó a santo de qué Joan había ido al Coliseum. Me habría gustado responderle que no era asunto suyo, pero le dije que no lo sabía.

-¿Estás segura de que estaba allí?

-Creo que sí.

Y recordé lo de las dos Co, Comalada-Coliseum. La tía Sixta girmoteaba, que las bombas de hoy han sido terribles, que los aviones no perdonan, Señor, ni los blancos ni los rojos. La de gente que debe de haber muerto. Esto no se acabará nunca. La tía Sixta hizo venir a Patricia Miralpeix, que vivía cerca. Y entre las dos comenzaron a pensar y a discutir qué tenía que hacer yo. Una opinaba que tenía que ir corriendo a los hospitales y la otra que había que avisar a mi madre. Yo sugerí que esperásemos a ver qué pensaba Kati y entonces podríamos decidir mejor, pero se me tiraron las dos encima. Que si Kati cada vez es más roja, que siempre había sido una chica moderna, pero que ahora la cosa ya pasaba de castaño oscuro, que la habían visto con los milicianos, que si tal que si Pascual. Y Patricia, que la explosión del Coliseum ha sido espantosa. ¿Vosotras habéis notado el terremoto?, preguntaba la tía Sixta. Y las dos que sí, que lo habíamos notado, y yo contesté que aún no me había levantado porque hoy me dolían mucho las varices de las piernas y que los cristales de la galería se habían hecho añicos. Y la tía Sixta y Patricia, las dos a la vez, que muchas casas se venían abajo, como si fueran de papel de fumar. El humo negro de los incendios nublaba el aire de la ciudad y los balcones estaban llenos de polvo y de escombros.

-¡Qué puñetera casualidad lo del camión de trilita!

Los cuerpos volaban por el aire como si fueran de algodón en rama. Los soldados se pasarán años buscando a los muertos. No dejan que se acerque nadie. Te aconsejo que no vayas, me decía la tía Sixta. Mañana, con calma, haremos una ronda por los hospitales. Hoy no servirá de nada.

-Desde luego que vaya ideas tiene tu madre. ¿A quién se le ocurre irse ahora que esperas un crío?

Yo fruncí el ceño porque no aguanto que nadie hable mal de mamá. Además, la tía Sixta siempre aprovechaba para ponerla de vuelta y media cuando yo estaba delante. Le tiene envidia. Porque parece que mi madre había sido guapa, de joven. Tiene la piel muy

delicada, muy blanca, y unas manos largas, como si fueran rayos de luna. El cabello lo tiene largo y fuerte y, cuando se peina, yo me quedo embelesada. La tía Sixta es calva y tiene que llevar peluca. Tiene muy poco arte para vestirse. Kati a veces se reía de ella porque se ponía el sombrero del revés. Y cuando íbamos a merendar al Nuria, se pasaba el rato agujereándose los guantes.

-Si esta noche tienes miedo, te quedas a dormir con nosotras. Nuestro barrio es bastante tranquilo.

Pensé que la tía Sixta tenía mucha cara. Ofrecía media vida a los demás y luego no daba nada. Me había dicho muchas veces que me regalaría un conejo macho y un conejo hembra para criar. Cuando empezó la guerra, puso en el jardín de su casa un par de jaulas, una para los conejos y otra para los pollos. Yo nunca me atreví a pedirle el conejo macho y el conejo hembra. Mi madre también había criado conejos, pero nos los comimos antes de que se fuera a Siurana. Joan le dio tres cajas de puros para que se los cambiara por patatas y ganado a los tíos de Siurana. Y ahora comíamos carne de caballo y yo no quería comer conejo si no era de gente conocida, porque decían que vendían gatos por conejos. A la mujer de la limpieza le desaparecieron todos los gatos que tenía, y tenía seis. Mi madre cogía las costillas del lomo del conejo y las rebozaba una a una en huevo en polvo y pan rallado. Decía que así era como si comiéramos cada día una cosa distinta. Y eso era lo que más rabia le daba a la tía Sixta, porque ella solo sabía hacer conejo frito.

-Comprendo que estés nerviosa, querida. Pero no puedes estar segura. Joan es capaz de aparecer sano y salvo y tú te habrías preocupado por nada.

Yo insistía y recordaba las dos Co, Comalada-Coliseum.

-¡Qué tozuda eres!

Patricia había oído decir que la aviación franquista no pensaba aflojar las posiciones que había ganado el ejército de tierra. La tía Sixta decía que, si había más ataques, ella no lo aguantaba y que

se iría de Barcelona. Que aquello era un infierno, que se maten entre ellos, si quieren. Patricia me dijo que mi madre había hecho muy bien yéndose a Siurana, pero que era una pena que yo no me hubiera ido con ella. Yo me tenía que quedar con Joan. Claro, la mujer tiene que estar con el marido. La tía Sixta me dijo que, si no quería quedarme a pasar la noche, que al menos me quedara un rato. Pero yo pensabairme enseguida, recordaba las dos Co, Comalada-Coliseum.

-Te lo digo por tu bien, mujer.

La tía Sixta me dijo que en la calle había muchos hombres que eran auténticos salvajes. Y que, aunque el Gobierno había querido poner orden, no se notaba ni pizca. Su marido, que vivía de rentas y al que le habían dado el paseo y se había salvado por los pelos gracias a un primo comunista pero buena persona, escuchaba Radio Burgos cada día y había oído que los rojos, cuando entraban en un pueblo, violaban a todas las muchachas y luego las mataban, siempre delante de la iglesia. Yo le contesté que Joan también escuchaba Radio Burgos y a veces una radio de Italia que se llamaba Verdad y que nunca me había contado aquellas barbaridades. Debe de ser para no disgustarte, mujer, dijo Patricia. La tía Sixta dijo que esas cosas tenían que saberse, que teníamos que escarmentar todos por las tonterías que se habían hecho durante la República. Nosotros también tendremos que rendir cuentas ante Nuestro Señor por los crímenes y las monstruosidades que hacen los de la Columna de Hierro, los del Batallón de la Muerte, y que no se le pusieran delante ni Durruti ni el Campesino ni el abad de Santillán y no sé cuántos nombres más dijo, porque no tendría clemencia ni con ellos ni con sus hijos. La tía Sixta sabía muy bien cómo iba todo aquel asunto de la guerra; su marido decía que no podíamos ir por el mundo con los ojos vendados porque, si lo haces, te pegan un trastazo cuando menos te lo esperas y ya no vuelves a levantarte. Mi madre decía que la tía Sixta era una llorica y que se hacía la víctima, pero que en realidad era un mal bicho. Mi madre no soportaba a las mosquitas muertas, las mujeres que se encogían por nada delante de

sus maridos, pero que luego, por detrás, los ponían de vuelta y media. Mi madre decía las cosas a la cara. Y eso le había acarreado muchos berrinches, como cuando estalló la situación y todo el mundo iba escopeteado y mandaban los anarquistas y la criada le dijo que se iba porque su prometido era anarquista y no quería que ella, la criada, se destrozara la vida por servir a unos señores que iban a misa. Entonces mi madre se puso hecha un basilisco y le dijo, ¿no os da vergüenza hacer lo que hacéis? La criada se marchó llorando de casa porque, en realidad, quería a mi madre, pero al cabo de dos días vino un pelotón a registrarnos la casa y Joan le dijo a mamá que hiciera el favor de no meterse en los asuntos de los demás, que qué se había creído. Y otra vez de morros.

La tía Sixta no podía dejar a las dos niñas solas, si no, dijo, me acompañaría. Patricia estaba nerviosa porque su marido quería que estuviera siempre en casa y por aquel entonces nosotros no nos llevábamos nada bien con Esteve Miràngels. Patricia me dijo, tú tranquila, Mundeta, que aunque se muera tu marido igualmente te calentarás con gas y petróleo. La piojosa me dijo que yo no sabía lo que era pasar frío y que a un hombre lo encontraría cualquier día. Pero soy injusta. Una vez me regaló tres sacos de patatas de la masía de Gualba y diez botes de leche. Y unas Navidades, su marido me dedicó una poesía muy bonita, muy emotiva. Y los primeros días de embarazo, Patricia me traía un muslo de gallina casi dos veces por semana. Decía que la compraba en el mercado de Badalona porque, si tenías paciencia y hacías cola, podías conseguirlas sin tarjeta de racionamiento.

Comí un plato de lentejas con tocino y me fui. Noté un sabor extraño, muy nuevo, una especie de regusto que me dejaba el estómago vacío y la cabeza clara, cuando las dos me dijeron que no me acompañarían a buscar a Joan. Yo, con las dos Co, Comalada-Coliseum, salí a la calle, y hacía más frío que nunca. Aquel invierno hacía un frío gélido y el empedrado siempre estaba húmedo. Barcelona cobraba para mí un color insólito, mis ojos iban descubriendo un espectáculo desconocido,

de gente, de movimiento, era como si fuera otra ciudad. En el tranvía escuché a un señor mayor decir que los aviones habían bombardeado los puntos más céntricos y de una manera muy meticulosa, como si lo hubieran calculado milímetro a milímetro. Una mujer me dijo que ella no vivía, de miedo que tenía, y que nos moriríamos todos de angustia, de miedo y de quebraderos de cabeza. Un viejo rezongaba, claro, una cosa es hacer la revolución y otra la guerra. El señor que había hablado al principio afirmó que toda la culpa era de los espías. Pues a fusilarlos, dijo el viejo. Y Negrín, ¿por qué no lo ordena? Ah, Negrín, contestó el señor. Y parecía reír por lo bajo. La señora dijo que la mujer de su tendero le había dicho que tenía parientes cerca del cine Coliseum, que en la explosión de aquella mañana había habido más muertos que en toda la guerra. Y se ve que puse cara de pergamino, porque la señora me preguntó, ¿te pasa algo, bonita? Y yo le dije que no, que lo único que me pasaba es que me daba mucha pena eso de los muertos. Y el viejo dijo, desde que ha estallado este follón, la pena se ha hecho tan grande que no cabe en el mundo. Y la señora dijo, claro, claro. El señor le decía al viejo que los aviones eran italianos y alemanes y que provenían de la base de Mallorca. Sí, de fuera vendrá quien de casa nos echará, dijo una mujer con cara de murciana pero que hablaba en catalán y no había dicho nada en todo el rato. Las bombas eran de gran potencia y las lanzaron de una altura mínima de cinco mil doscientos metros. Desde esa altura, lo que no comprendo es cómo no vuela por los aires la ciudad entera, que sería lo mejor para todos, dijo el viejo, y entonces lo miré más de cerca y vi que tenía la cara picada. Calle, calle, no diga tonterías, le dijo la señora, que se puso de pie y se colocó junto a la puerta de salida. El señor le dijo al viejo de la cara picada, ándese con cuidado, que lo cogerán por derrotista. Yo me puse detrás de la señora y me encontré de nuevo en plena calle.

Por los alrededores del cine Coliseum no se podía dar ni un paso. Las ambulancias corrían, con las sirenas, y regresaban otras nuevas. Eran ambulancias militares. La gente gritaba, se amontonaba,

todos se daban empujones para pasar. Los soldados decían, por favor, por favor, no molesten. Un niño lloraba, con las velas colgando. Aparecía y desaparecía entre la borrasca de remolinos. Yo pensé, no te dejarán llegar. A un lado había una mujer gruesa y despeinada que daba muchas explicaciones. Tenía la cara roja como un pimiento y del brazo izquierdo le colgaba la cinta de la combinación, porque iba sin mangas, y eso que hacía mucho frío. Oí que todo el mundo le preguntaba por gente que vivía cerca y esperé hasta quedar justo delante de ella. Todavía se me colaron dos matrimonios, uno de ellos era muy viejecito y la mujer lloraba y se sonaba la nariz sin parar. Yo dije, perdone, ¿sabe algo de la señora Comalada? Y ella me preguntó si era una señora de Figueras y le dije que sí, por temor a que, si notaba que dudaba, no me quisiera contestar. Y me dijo que la señora Comalada vivía en el principal del edificio de allí enfrente, delante del Coliseum, y miré y vi que solo quedaba una pared. Eso, una pared. Y parecía que el corazón se me iba a salir por la boca, de la fuerza con que me latía. La mujer me dijo que ella era la portera de dos edificios más abajo y que lo había visto todo y que, gracias a Dios, se habían salvado de milagro, tanto el edificio como ella, pero que del susto que tenía encima aún temblaba y que notaba que le fallaban las piernas. Me dijo que se temía que, de la casa de la señora Comalada, no había salido nadie con vida, pero que, de todos modos, habría que preguntarlo después. Dijo que el ruido de la explosión parecía un terremoto, como si la tierra se hundiera y en su lugar quedara un agujero muy negro, negro y profundo. Como dos bofetadas dadas por la mano de Dios. Y llamas, y gritos, y gemidos, y ays, y gente colgada, y brazos que se movían entre las ruinas, y muertos. ¡Qué pena!, dijo. Entonces me miró al fondo de los ojos y me preguntó si la señora Comalada era pariente mía y le dije que sí, pero luego le dije que no, que solo era conocida de unos parientes y que como había escuchado en el tranvía que contaban con pelos y señales lo de la explosión, había sentido curiosidad. Y la mujer pareció enfadarse y comenzó a decirle a la gente

que nos rodeaba, pues vaya gracia sentir curiosidad por estas cosas. Y un hombre dijo que le parecía morboso y la viejita que se sonaba sin parar dijo que había muchas personas que se alegraban de las desgracias de los demás. La portera, toda la mañana que llevan los soldados quitando de en medio a cotillas y eso les roba tiempo y trabajo. Yo notaba que las piernas me sudaban por las varices, pero dije que no quería darles un disgusto a mis padres que, pobrecillos, habían perdido a sus dos hijos en el frente. La mujer dijo, ah, entonces la cosa cambia. Y añadió que, si tenía algún interés, que ella, de mí, iría directamente a los hospitales. Que allí podría investigar muy poco. Que ya veía lo mareados que estaban los soldados. Que allí no había quien se aclarara. Y que tampoco me dejarían pasar más allá. En los hospitales, créeme. Bueno, solo te lo digo por tranquilizarte, que no pensara que era por otra cosa. La vieja que se sonaba decía ay, Señor, si mi Luis ha muerto no lo resistiré. Yo le dije a la mujer que vivía dos números más abajo de la señora Comalada que muchas gracias.

La plaza de Santa Catalina parecía distinta. Tal vez había más suciedad que en otros barrios, pero la gente caminaba tranquila y unos niños, en corro, jugaban a aquello de la torre en guardia, la torre en guardia, ¿quién la destruirá?, y al lado había un corro de niñas que les contestaban la torre en guardia, la torre en guardia, ¡no la destruiréis!, y los niños decían iré a quejarme, iré a quejarme, y, en lugar de decir al Gran Rey de Borbón, decían que irían al presidente Companys. Había un grupo de mujeres hablando e incluso me pareció ver a una reír. Me acerqué a ellas, perdonen, ¿Artal? Después de pensárselo un rato, una de las mujeres, que iba vestida de miliciana, me dijo que el nombre de Artal no le sonaba de nada. Otra, que tenía ojos de gatito, me dijo que se lo preguntara a una mujer que barría una portería de allí delante porque ellas, en realidad, no eran del barrio, sino que trabajaban allí porque eran maestras de escuela y recogían niños para llevárselos a las colonias de vacaciones cuando hiciera mejor tiempo. Y fui a ver a la que barría. ¿Artal? Otra vez, me contestó, y parecía

muy enfadada. Ese individuo hace ya mucho tiempo que no vive aquí. No sé quién os envía, a vosotros. Y yo, pero a mí me habían dicho que... Y me interrumpió, sí, ya lo sé, ese zángano vivía en esta escalera antes de la guerra, con sus padres. Después los viejos se murieron, de los disgustos que les daba el muchacho, y parece que él cambió de posición de una manera un tanto extraña. Ya se sabe, no es el único. Todo el mundo saca partido de la guerra. Y le pregunté dónde vivía y cada vez parecía más enfadada porque me dijo, y tú, ¿eres boba o qué?, cuando un hombre se hace rico no quiere saber nada de su vida de antes. Todo lo de aquí era demasiado poco para él.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que se había hecho de noche y de que el grupo de mujeres se había dispersado y los niños ya no estaban. Y empecé a subir por la calle Clarís. Y las calles estaban vacías y tristes. Había pocas farolas encendidas y las que sí lo estaban daban muy poca luz.

Pensé en el día en que conocí a Joan y en el día en que me dijo que le gustaba mucho porque veía que era una mujer limpia y aseada, como su madre, y que si me quería casar con él. Yo le dije que sí, y estaba muy contenta, porque me daba miedo quedarme para vestir santos. Su madre mantenía las camas que no utilizaba con sábanas y mantas y las tapaba con fundas de tela blanca de esas con las que se cubren los muebles antes de irse a veranear. Su madre murió dos meses después de estallar la guerra y Joan se dio unos buenos hartones de llorar porque decía que no había nadie como su madre. Cuando la conocí me pareció una mujer muy simpática pero siempre atareada y nerviosa. A media conversación se levantaba para comprobar si había alguna mota de polvo sobre la mesa. Vivía en la calle Aragón y decía que, si abría un poco las lamas de las persianas, enseguida se filtraba tizne y toda la porquería de los trenes y que era algo que no soportaba y que acabaría matándola. Lo tenía todo cerrado cuando iba a verla y los pies se me hinchaban del calor. El primer día me preguntó cuántas veces creía yo que había que lavar y almidonar los tapetes y las cortinas

de toda la casa y yo le contesté que no lo sabía, y ella me dijo, pues tres veces por semana. Cuando salimos, mamá me dijo que la madre de Joan se inventaba el trabajo porque debía de aburrirse. Pensé también que Joan estaba muy guapo la tarde que lo conocí, y entonces se me hizo un nudo en la garganta que ni subía ni bajaba. No podía ser, no, que Joan hubiera muerto en la explosión de delante del cine Coliseum.

La noche era cada vez más como la boca de un lobo y las pocas farolas que había hacían brillar las sombras de los plátanos. Tenía frío y tenía hambre. Conocí a Joan un sábado por la tarde en Valldoreix. Las mujeres de la colonia iban a esperar a sus maridos a la estación y se sentaban, todas, en los jardincillos que había junto a la estación. Y allí venga a hacer calceta y venga cháchara. Las mujeres criticaban a las que no estaban y a los maridos de las que no estaban. Si el tren llegaba a las siete, las veraneantes, que era como nos llamaba la gente del pueblo, íbamos a las cinco. Era una auténtica diversión. Un sábado que acompañé a Patrícia, cuando llegó el tren, lo vi enseguida. Una amiga de Patrícia me contó que era un invitado de los Palau, que vivían en la otra punta del pueblo. Los Palau tenían una torre con cipreses y coleccionaban lápidas funerarias. Su hija, que era muy amiga de la hija de los Palau, le había dicho que era un muchacho muy simpático y muy bromista y que tenía fama de ser tremendo. Y Patrícia dijo, la gente joven quiere ser moderna, ya se sabe. Yo miré a Joan y me enamoré de sus mechones de pelo, rizados y negros como el carbón.

No pasaba ningún tranvía por la calle. Y yo añoraba como nunca el color amarillo de los tranvías de Barcelona. Lloviznaba, y el frío cada vez era más triste. Entré en el Hospital Clínico y un soldado me dijo que tenía que ir al depósito judicial de cadáveres, que estaba en el otro lado. Me adentré por un pasillo muy largo y con las paredes húmedas y desportilladas, luego me metí por otro pasillo, y por otro y otro más, hasta que vi una especie de portezuela y la empujé y topé de bruces con el depósito de muertos. Había mucha gente y todo el mundo hablaba. Producían un murmullo extraño, como un enjambre de abejas. Noté el

olor a muerto y me faltó poco para desmayarme, pero apreté con fuerza los puños y caminé hasta el otro lado, donde había un montón de literas con gente tumbada encima. Eran los muertos. Todos llevaban etiquetas prendidas a la ropa con un imperdible o colgadas de un cordel alrededor del cuello. Leí la primera, que decía: «Hombre sin identificar. Encontrado en la Gran Vía, esquina con la calle Balmes. Ingresado el 17 de marzo de 1938». La leí tres veces y las letras se volvían redondas y saltaban del papel. No me atrevía a levantar la vista y mirar la cara del hombre de la etiqueta. Volví a apretar los puños y clavé con fuerza los pies en el suelo. Y entonces miré la cara del hombre de la etiqueta. La tenía destrozada. Era como una masa gelatinosa, aquella cara. A su lado había una niña, pequeñita como una muñeca, en una cajita. Ella no tenía los ojos abiertos de par en par, como el hombre de la etiqueta, ni la frente agujereada, ni le sobresalían dos dientes por encima del labio superior, dos dientes agresivos y quietos, ni se le abría la boca en una mueca de angustia. Era una niña que dormía, no como el hombre de la etiqueta, que quién sabe si era Joan. Y me apoyé en un hueco de la pared bastante estrecho. Y pasó el señor de la bata blanca.

El señor de la bata blanca me preguntó qué hacía allí. Le dije que buscaba a mi marido y que no sabía si era el hombre de la etiqueta que había al lado de la niña que parecía una muñeca y él me contestó que eso no se sabría hasta mañana, que me quitara del medio, que la gente de fuera armábamos un alboroto de mil demonios, que volviera en otro momento, si no me importaba, que tenían mucho trabajo clasificando a la gente. Oí a una mujer que decía, esta mañana han sonado, al menos, tres sirenas. Nos están dando de lo lindo, los muy canallas. Y otra que eran los aviones extranjeros, que hacían prácticas. Y qué prácticas, no paran de llegar cadáveres de toda clase. Y el señor de la bata blanca que volviera mañana, que mañana me podrían decir algo, que con todos los cadáveres clasificados era más fácil identificarlos. Una miradita y listos. Yo dije que mi marido podía ser el hombre de la etiqueta. Y él dijo, uy, ya van tres mujeres que dicen que su marido

podría ser el hombre de la etiqueta. Y por detrás, las voces de las mujeres cada vez más fuertes, es que no se trata de un solo bombardeo, un bombardeo tiene un pase, esto es peor que cuando nos lanzaron bombas desde el mar. Y el de la bata blanca me decía que me tomarían por loca si aseguraba convencida que el hombre de la etiqueta era mi marido. Era imposible reconocerlos, ni soñando. Dijo que casi todas las cabezas llegaban quemadas, literalmente deshechas, sin ojos ni nariz, y me dijo que intentara adivinar cómo había sido el rostro concreto de cualquiera, de aquel hombre, por ejemplo. Yo no me atrevía a mirar, y aquel olor a muerto, a sangre coagulada, sin limpiar, a sudor, a corrupción, el olor de guerra del que no conseguía zafarme. Y entonces vi que traían a un hombre inflado como un globo y que le salía un líquido verdoso de las orejas. Y recordé los días que iba al cementerio con mi madre a limpiar el nicho de mi padre, un nicho todo de mármol blanco con incrustaciones florales y, en medio, una caracola de mar rodeada de conchas, porque así lo había querido él. Y mi madre le ponía un ramo de gardenias y margaritas y a mí me parecía una combinación extraña; pero ella decía que eran flores más románticas que las malvas, que crecían por todas partes. Y el cementerio era muy grande, con una placita en medio, y unos árboles al final con enredaderas que trepaban por la pared. Y siempre que íbamos hacía mucho sol y paseábamos por allí. Si venía la tía Sixta, siempre decía lo mismo, qué bien sienta pasear por el cementerio los días de sol.

El hombre de la bata blanca, al verme tan ensimismada ante el hombre inflado como un globo, pensó que lo miraba y me dijo, vaya a usted a saber qué era, su vida... Y después, pero no nos queda tiempo para componer necrológicas poéticas. Y me contó que él era médico y, como se encargaba del depósito de los muertos, sus compañeros lo apodaban el «componedor de cadáveres». Pero que él se sentía poeta y que antes de la guerra había ganado un premio en los Juegos Florales. Me dijo que los versos le apasionaban, que aprovechaba cualquier motivo bello, qué podía decirme, una alondra, un bosque de helechos, de sauces

llorones cerca de un río, una muchacha bonita, para hacer una rima y, venga, ya teníamos poesía. Y que ahora no era más que un carnicero que procuraba recomponer, si podía, trozos que se denominaban humanos. Y yo cada vez más mareada, más aturdida, con aquel olor a muerto, denso, compacto. En una litera había un montón de huesos y, encima, un cráneo que parecía la cabeza de un niño. Y el médico me decía que a veces se equivocaban y mezclaban los esqueletos y que las calaveras no concordaban con sus esqueletos, o a la inversa. Y podían encontrar la cabeza de una mujer guapa sobre la osamenta de un hombre, de un cura, por ejemplo. Grotesco, y me miraba para ver qué cara ponía. Pero yo estaba cada vez más pálida, me quedaba sin sangre, me sudaban las manos, el estómago se me vaciaba, y todo, esqueletos, cráneos, huesos, calaveras, el hombre como un globo, la carne quemada, el hombre de la bata blanca, me daba vueltas y giraba como una rueda de tren, sin detenerse, sin detenerse nunca. Y el médico me preguntaba si me mareaba, si lloraba porque creía que mi marido estaba muerto. Y me dijo que me marchara a casa, me preguntó si tenía parientes y le dije que no, tampoco es tan triste, vivir solo, y que me tomara una taza de tila o de hierbaluisa y que mañana, con más calma, continuara con la investigación. Y yo, que no me pasa nada, quiero decir que lo único que me pasa es que espero un hijo. Y él me preguntó cuándo tenía que nacer y le dije que hacia el verano y el médico me dijo, ya verás como tu pequeño nacerá con felicidad. Y que mi marido no estaba en el Coliseum, que ya lo vería. Y yo, que no, que no, que tenía que estar allí por fuerza, que me lo había dicho antes de salir de casa. Y el médico sonrió, qué mujer tan poco emancipada. Y que también podía intentar ir al Hospital Regional o al Militar. Que había muerto mucha gente y que no todos estaban en el Clínico. Que no cabían. Venga, no llores más, me decía. Que solo con salir a la calle vería las cosas de otro color. Yo le pregunté dónde dejaban los restos y me dijo que hacía unas preguntas muy extrañas, que no se perdía ninguno porque los guardaban bien colocados en unos estantes, todos con su etiqueta y su enumeración. Y después.

Después les buscamos el sitio más adecuado. Eso si los familiares no comparecen, pero yo era una esposa fiel y no había peligro de pérdida. Y la voz de las mujeres, otra vez, hoy no nos traerán heridos, hoy solo muertos; sí, pedazos, trozos de carne, restos de esqueletos calcinados, tiras de piel, despojos de los que han palmado. Y el médico, no escuches esas expresiones, que tú pareces una mujer fina. Y que a él la guerra le había desbaratado la vena poética, que se había vuelto como la gentuza. Que antes hacía versos con esmero, con mucho amor: que aquello sí que era tiempo para la poesía. Me dijo que antes de la guerra era de una peña excursionista y que suspiraba por alcanzar las cimas más altas, como si pellizcaran un pedacito de cielo. Y el médico de la bata blanca se puso muy triste y dijo, tonterías. Y que si había hablado así había sido porque mi cara pálida y hundida y mis ojos desamparados lo habían enternecido. Mis ojos. Ignasi me decía que mis ojos miraban de verdad. Y el médico de la bata blanca repetía, no salgo de mi asombro, una muchacha como tú, venga a llorar, y que mañana encontraría a mi marido, ya lo verás. Así. Que le daba una especie de desazón. Y que dejara de... Sería una casualidad estúpida, que tu marido estuviera en el Coliseum. Que dejara de llorar. Tengo el presentimiento de que se ha salvado. Mira, me dijo, ahora me necesitan, pero si te portas bien y no molestas demasiado te puedes esperar fuera, en la sala donde entran los heridos. Te sientas en un banco y procura dormir un rato porque no sé cuánto tendrás que quedarte allí. Que dejase de llorar. Hazte a la idea de que serán largas horas, quizá toda la noche. Que todavía tenían que llegar más camiones, porque las ambulancias ya no daban abasto. Y dijo, y suerte que los soldados nos ayudan a recoger a los muertos y a los heridos.

Estaba cansada, las varices me tensaban la piel de las piernas, los pies me dolían mucho por las duricias y eso que me pasaba horas en casa ablandándolas con agua hirviendo y un puñadito de sal. Estaba tan cansada que, en cuanto lo vi, fui a sentarme a su lado. Tenía la cabeza apoyada sobre el azulejo y con las manos le

daba vueltas a la boina. Los labios le temblaban como si rezongara. Llevaba una gabardina de color chocolate y la piel de la cara era de miel. Sus ojos parecían de vidrio y, en el centro, tenía una telaraña de venitas, hilillos finísimos de sangre. Eran ojos de llovizna. Y el viejo tenía toda la pinta de querer esfumarse, de irse. Me quedé adormilada, pero apenas había echado un sueñecito cuando una fuerte cabezada hizo que me despertase y me encontré con la mejilla sobre su hombro. Me incorporé y lo miré de reojo, para ver si se había dado cuenta. El viejo de los ojos vidriosos me sonreía, y yo pensé, se debe de imaginar quién sabe qué, que soy una descarada, o una fresca.

Y me preguntó, ¿buscas a alguien?, y yo, a mi marido, que esta mañana me ha dicho que tenía que ir cerca del cine Coliseum, y él, no lo encontrarás, esto es un berenjenal, no se aclaran. Dicen que de los escombros solo sacan restos. Y me miró igual que la mujer despeinada que vivía dos edificios más allá de la señora Comalada, bien dentro, y me dijo, eres muy joven aún. No crea, tengo veintinueve años y espero un hijo. Cuando te he visto, me he dicho, mira que poquita cosa, esa muchacha. Con la cara tan blanca, como papel de fumar. Y, para postre, preñada. Y me preguntó si vivía sola, y yo, sí, por ahora. ¿A qué te refieres? Quiero decir que depende de mi marido, de si está muerto o qué. Y tengo a mi madre, que está en Siurana, un pueblecito muy pequeño que hay en la sierra de Prades, cerca de Reus. Y él, vaya, qué problemas, y que qué pena que yo me encontrara así de sola en medio de aquel follón. Y yo dije, pues sí. Y él rezongó en voz baja, la guerra, carajo, la guerra. Y qué asco. Y me dijo, yo he perdido a mi hijo en Jaca, un tiro en la cara, me lo dejaron sin fisonomía, toda agujereada. Y era el muchacho más apuesto del barrio, del Pueblo Seco. Más juerguista que nadie. Y más trabajador y valiente que nadie también. Más que nadie, repetía el viejo. El diecinueve de julio fue a la plaza de Cataluña y estrenaba pantalones nuevos, y volvió con los pantalones hechos unos zorros, sucios y rotos, y mi mujer le dijo, ¿de dónde vienes, con esos pantalones?, y yo le dije, que

tu hijo viene de hacer la revolución. Y le desfiguraron la cara, y nos devolvieron la cartera con la documentación y nuestra fotografía, de los tres, de un día que fuimos al puerto y nos montamos en una golondrina y, en la parte baja de la Rambla, fuimos a un quiosco y tomamos unas tapas de aceitunas y anchoas, mi hijo y yo con vino y la mujer con sirope, y vino un hombre y nos dijo que nos sacaría una fotografía por una peseta y yo, venga. Y todavía guardo aquella fotografía. Y me la enseñó, un poco maltrecha. El muchacho estaba en medio, largo como un día sin pan, y tenía los dos brazos apoyados, uno sobre los hombros del viejo, entonces un poco más joven, y el otro sobre una mujer muy menuda, un taponcillo, con ojos de ratita. El muchacho tenía la cara redonda, los mofletes llenos y el cabello muy rizado y parecía que aquello de la fotografía le hiciera mucha gracia. Yo dije que sentía mucho que un joven tan bien plantado y tan juerguista hubiera muerto en el frente, y no me atrevía a preguntarle qué hacía allí, en el hospital. Pero él enseguida me explicó que había ido a ver si encontraba a su sobrino, el hijo de mi hermana viuda, está como loca, hijo único, imagínate. Y yo le he dicho, me dijo el viejo, mira, tú quédate en casa, que esto no son cosas de mujeres. El muchacho trabaja, o trabajaba, quién sabe, en un almacén de telas que había delante del cine Coliseum. Es aprendiz. Y otra vez, la guerra, que nos durará toda la vida, su recuerdo, toda la vida nos reconcomerá, como la carcoma, a nosotros y a nuestros hijos, y quién sabe si a nuestros nietos. Y ahora que se llevan a los jóvenes, y que esto no hay manera de que se acabe. Y pasarán muchos años antes de que la gente de este país lo olvide. Porque nos han hecho mucho daño, y las penas se quedan muy dentro y no habrá alegría que las ablande. Y fingiremos que aquí no ha pasado nada, el muerto al hoyo y el vivo al bollo, y todo el mundo volverá a la vida de siempre, pero un día, ¡bum!, saltará todo por los aires, y quizá será la generación que vendrá después de la generación de los más jóvenes de ahora la que hará ruido. Y al viejo le centelleaban aquellos ojos de llovizna, como

una luciérnaga o como sombras del arcoíris. Y pensé en Ignasi. Y le dije, usted tiene que haber visto de todo. Y él, y que lo digas, soy un gato escaldado. Antes de que Durruti pasara por el agujero, perdona, quiero decir antes de que él naciera, yo ya andaba haciendo de las mías. Tenía doce años, era aprendiz de cajista y fui a una manifestación porque habían subido cinco céntimos el pan. Las patas de los caballos, gruesas y enormes, y los sables de los soldados, volaban por encima de mi cabeza y me dije, chaval, te van a cortar por la mitad, pero, aunque te corten, tienes que correr, tienes que correr y que no te cojan, y eché a correr entre la multitud, y no sabía si ya me habían partido en dos, y había un trozo de mi cuerpo por un lado y el otro un poco más lejos. Y creí que ya no me zurrarían más el cuerpo. Habían puesto a las mujeres y los niños en primera fila porque decían que los soldados no disparaban si veían a mujeres y niños delante, pero ya te digo yo que dispararon. Oí un ruido seco, como un chasquido, y vi que se levantaba una polvareda y a gente con la cara llena de polvo, y carreras y gritos, y orejas partidas, cabezas abiertas, un hombre cayendo, otro más allá, brazos que sangraban, la calle húmeda con nuestra sangre, mujeres gritando y críos chillando. Se armó un follón de mil demonios... Y las venitas de los ojos del viejo se volvían de color granate, brillantes y vivas, y me contó que, en el año trece, yo ya era tipógrafo e hicimos una huelga general porque no queríamos trabajar a precio cerrado. Nos las veíamos y nos las deseábamos cuando nos tocaba componer en catalán, era como si lo hiciéramos en latín. Y los burgueses nos dijeron que éramos unos malos patriotas, que por qué teníamos que cobrar un sobreprecio con el catalán, y nosotros les dijimos que ellos no eran cristianos ni nada porque no se daban cuenta de que los tipógrafos castellanos no entendían ni jota el catalán. Y es que los burgueses no han sido nunca cristianos, sino unos hipócritas, eso es lo que son. Y la piel de color miel del viejito se volvía de color oliva. Y me dijo que una vez había leído en El Sol una caricatura de Bagaria que representaba a un niño de ocho años

que iba por la calle agarrado de la mano de su padre y que el crío vio pasar por su lado a un señor que lucía con mucha ostentación un Santo Cristo enorme en la solapa de la americana. El niño le preguntó al padre: ¿Por qué lleva ese señor el Santo Cristo fuera, papá?; Porque no lo lleva dentro, hijo mío¹, le respondió el padre. Y yo pensé en mi madre. Y el viejo, tendrías que haberme escuchado en la plaza de las Arenas, cuando lo de la Canadiense². Yo estaba a tres metros del Noi del Sucre³ y acabé con el gazzate seco de tanto gritar y animarlo. En aquella plaza, todos gritábamos como un solo hombre. Y él nos decía, calma, mucha calma, que teníamos que volver al trabajo y demostrar que sabíamos cumplir nuestra palabra de hombres y que así la autoridad soltaría a los compañeros encarcelados. Y volvimos al trabajo, pero nuestros compañeros no salieron de prisión. Y nosotros, otra vez a la huelga, que no ha sido nada. Y las venitas de los ojos de llovizna cada vez más rojas, más duras, como si quisieran estallar.

1 En castellano en el original. A lo largo del libro original aparecen varias frases en castellano. En lo sucesivo, indico su existencia cuando es relevante para denotar una diferencia de clase o un matiz político. También se indican en castellano en el original la mayoría de los apelativos relacionados con la religión, como «madre», «padre», «hermana». (N. de la T.)

2 La huelga de La Canadiense fue un movimiento de reivindicación laboral dirigido en 1919 por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que incluyó huelgas, boicots e insumisión civil. Dio comienzo en la empresa eléctrica Riegos y Fuerza del Ebro, más conocida como La Canadiense, en Barcelona. Durante los 44 días que duró, paralizó la ciudad y el 70 % de la industria catalana. Es una de las huelgas más importantes de la historia de España. Se consiguieron mejoras salariales, la readmisión de obreros despedidos, la liberación de los miles de detenidos durante el tiempo que duraron los paros y la implantación por ley de la jornada laboral de ocho horas. (N. de la T.)

3 Salvador Seguí Rubinat, apodado «El noi del sucre» («El chico del azúcar»), fue una de las figuras más destacadas del anarcosindicalismo en España a principios del siglo xx. (N. de la T.)

Y que yo por aquel entonces debía de ser muy pequeña, ¿verdad? Y entonces caí en la cuenta de que me contaba cosas de un tiempo en el que yo ya había llegado al mundo y me dio vergüenza decirle que yo, de aquello de la plaza de las Arenas, no sabía nada. Que estudiaba en las Salesianas y que iba todo el día con mi madre del colegio a casa y de casa al colegio. Y que me daban mucha rabia las niñas del colegio de la Presentación porque llevaban dos uniformes, uno de invierno y uno de verano, y un sombrero negro tan bonito como una pamea, y que las que estudiábamos en las Salesianas no llevábamos sombrero y que solo teníamos un uniforme. Le dije que no empecé a enterarme de la política hasta el día que proclamaron la República.

Traducción

Gemma Deza Guil. Licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad Pompeu Fabra (1996), es traductora de ensayo: *La mentalidad soviética de Isaiah Berlin* (Galaxia Gutenberg), *¿Acaso no soy yo mujer?* de bell hooks (consonni) o *Jesus y John Wayne* de Kristin Kobes Du Mez (Capitán Swing); de novelas como *Carreteras azules* de William Least Heat-Moon (Capitán Swing) o *Crimen en directo* de Ryan David Jahn (Círculo de Lectores), y de relatos como la colección *Espacio vital* de James Alan Mcpherson (consonni).

Imagen de cubierta

Alba Yruela (La Bisbal d'Empordà, 1989) fotografía su entorno, naturaleza, amistades y a sus amantes desde un punto de vista íntimo y delicado, aunque directo. Trabaja en varios medios, realizando retratos, naturalezas muertas, moda y vídeo. Ha expuesto su obra más personal en París, Los Ángeles, Londres o Barcelona y ha publicado una decena de libros, entre los que destaca su última publicación «Diaris 2009-2019», un bello testimonio de su propia intimidad.

Prólogo

Luna Miguel lee, escribe y edita. Su último libro publicado es *Un amor español* (2023).

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando.

Entre otras inspiraciones, en 2023 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López...

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Ramona, adiós se terminó de imprimir en Imprenta Mundo, Cambre, Galiza, el 8 de marzo de 2023, en el aniversario de Josephine Cochrane (1839), una inventora estadounidense que concibió el primer lavavajillas con éxito comercial; de Anna Held (1872), una actriz polaca de teatro y vodevil; de Juana de Ibarbourou (1892), también conocida como Juana de América, una poeta uruguaya, distinguida como una de las voces más personales de la lírica hispanoamericana de principios del siglo xx; de Josep Pla (1897), escritor, articulista y corresponsal de guerra, uno de los autores más prolíficos y destacados de la prensa y la literatura catalanas, que tuvo una entrevista muy sonada con Montserrat Roig donde lo primero que le dijo es que por qué se dedicaba a escribir si tenía las piernas tan bonitas; de Beatrice (Tilly) Shilling (1909), una ingeniera aeronáutica británica que disputó carreras de motos en la década de 1930 y compitió en campeonatos de automovilismo; de Jeanette Campbell (1916), una nadadora argentina, campeona y plusmarquista, que ganó la medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, convirtiéndose así en la primera atleta argentina mujer en obtener una medalla y en participar de unos Juegos Olímpicos; de Josefina Aldecoa (1926), maestra por vocación y escritora por accidente, como ella misma decía, que sin embargo está considerada como una de las escritoras más destacadas de la generación del 50 y que además fundó en 1959 en Madrid el Colegio Estilo, donde apostó por recuperar los principios de la Institución Libre de Enseñanza potenciando una educación laica y creativa; por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

Ramona, adiós (1972) es la primera novela de la pionera feminista y periodista Montserrat Roig, escrita originalmente en catalán, que la confirma como una escritora de talento y una figura clave de la literatura y de la cultura de la segunda mitad del siglo xx. En *Ramona, adiós*, la historia se narra a través de la voz de tres mujeres, abuela, madre e hija, que, además del vínculo familiar, comparten el nombre que da título al libro. Roig nos retrata a través de la vida de estas mujeres las luchas políticas de la cambiante ciudad de Barcelona en el período que abarca desde finales del siglo xix hasta los años sesenta del siglo xx. La problemática de la mujer en un mundo dominado por cánones de creación masculina, el conflicto generacional, la crítica social, el paso del tiempo, el fracaso y la soledad son las preocupaciones temáticas dominantes del libro y de las novelas que le seguirán: *Tiempo de cerezas* (1977, Premio Sant Jordi) y *La hora violeta* (1980). Comienza así un ciclo novelesco que comprende estas dos novelas posteriores. No decimos adiós a Montserrat Roig, para reivindicar hoy su obra, releerla y descifrar así las consecuencias de la historia en el presente.

«Montserrat Roig es una escritora monumental, una de las mejores plumas peninsulares del siglo xx. Si no conoces su obra poderosa y delicada, melancólica y humorística, emocionante y lúcida, empieza por *Ramona, adiós*, una primera novela deslumbrante, una historia generacional que te atraparé para siempre en su literatura». —**Rosa Montero**

«*Ramona, adiós* es la historia de una liberación, una épica que culmina en la lucidez con que Montserrat Roig supo iluminar las trampas del patriarcado». —**Betsabé Garcia**

«Tres vidas, de tres mujeres, y en ellas el reflejo de todas las vidas, o de todas las violencias, o de todos los amores, o de todas las revoluciones, o de todas las pasiones, o de todas las aspiraciones de la feminidad misma. Tres vidas, sí, “y en ellas todas las vidas”, podría ser el lema para releer y reivindicar *Ramona, adiós*, la primera novela de Montserrat Roig». —**Luna Miguel**

IMAGEN DE CUBIERTA
Alba Yruela



consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org